



José de Benito



Don Rafael del Riego

De Estampas de España e Indias



Las Cabezas de San Juan

La vida de los oficiales del segundo batallón de Asturias, 26 de línea, resultaba monótona y aburrida en su acantonamiento del pueblecillo sevillano de Las Cabezas de San Juan. Al atardecer no era raro que después de una vuelta por la carretera que iba hacia Lebrija, o hacia Arcos, se reuniesen los capitanes de las cinco compañías en la fonda en que se alojaba el capitán, graduado de teniente coronel, don Fernando Miranda, confinado en el batallón por el señor Conde de La Bisbal a consecuencia de las detenciones del 8 de julio en el Puerto de Santa María. Unas manos de brisca o de dominó si no acudían todos, o la apetecida partida de tresillo si se lograba completar el cónclave, les ayudaban a soportar la tediosa vida de guarnición aldeana. Siempre circulaban algunas copas de amontillado o de manzanilla olorosa, y

entre las discusiones a consecuencia de las jugadas, cada cual iba contando a los demás las novedades que, por desgracia para la animación de la tertulia, no eran demasiadas. La mayoría de los oficiales del batallón eran sinceramente liberales. Unos más tibios, otros más ardientes, el caso es que todos convenían en que era una lástima que ninguna de las conspiraciones para restablecer la Constitución hubiese triunfado. El capitán Miranda les había contado cien veces el placer que se permitió de llamar miserable a don Enrique O'Donnell, cuando éste, traicionando a los constitucionalistas, había detenido a los conspiradores -él entre ellos- en la tarde del 8 de julio, y cada vez que -187- el ordenanza descorchaba una botella de vino generoso, durante mes y medio se repitió el espectáculo; Miranda se levantaba solemne imitando la voz del señor Conde de La Bisbal y decía:

-Señores, por la destitución del perillán que nos mandó prender teniendo «en el fondo» sentimientos liberales.

Al principio los más templados de los compañeros le habían rogado que no gastase aquella broma, que de llegar a conocerse podía costarle otro disgusto. Luego se fueron acostumbrando todos al brindis y a las palabras de Miranda respondían a una:

-Por la destitución del perillán -y apuraban la copa.

Una noche acababan de terminar la partida de tresillo en la que Miranda había estado totalmente desafortunado, cuando entró, procedente de la calle y con evidente agitación, el capitán de la segunda compañía, Vicente Llen.

Aquel día se había reunido con Miranda, que era capitán ayudante, José Olay Valdés de la tercera, José Rabadán de la quinta y Miguel Pérez de la primera. Los cuatro le miraron interrogándole. Llen se gozaba en la curiosidad de sus amigos. Éstos no pudieron contenerse:

-Desembuche usted, capitán -gritó Miguel Pérez.

-Calma, amigos míos. Las cosas de palacio van despacio -dijo dándose importancia el capitán Llen.

-No hagan ustedes caso -terció Miranda-. Si hubiese sucedido algo importante, ya lo sabríamos. ¡A fe que no circulan pronto las buenas noticias!

-Pues por esta vez tus correos secretos no han andado rápidos. Valcárcel, que acaba de llegar ahora mismo de Cádiz, es el que me lo ha dicho.

-Pero ¿qué es lo que te ha dicho?

-¿Queréis saberlo?

-Naturalmente -dijeron todos un poco exasperados por la calma de Llen.

-Os advierto que la noticia bien vale un vaso de bon vino como diría el Arcipreste. Y si Furseo no sube la mejor botella de manzanilla vieja, no hay noticia -añadió riéndose el capitán de la segunda compañía.

-188-

Se oyó un verdadero alarido lanzado por los cuatro oficiales impacientes:

-¡Furseo!...

Se abrió la puerta como al conjuro de la voz. Furseo, el ordenanza palentino del capitán Miranda, apareció cuadrándose y preguntó:

-¿Traigo la que nos regaló doña Paloma?

-Ya que estabas oyendo, podías haberla traído -le increpó Miranda.

El ordenanza adelantó la mano izquierda que había quedado un poco oculta tras el pantalón en medio de una ovación por su diligencia, mostró la famosa botella de manzanilla vieja, que doña Paloma, madre de una linda beldad local a la que hacían currutacos la mayor parte de los oficiales, había ofrecido a Miranda, acaso pensando que era el único graduado de teniente coronel de los militares jóvenes y en estado de merecer, y que a pesar de encontrarse

castigado en el batallón, por su intervención en la última conspiración, podía estar elegido para los mejores destinos si sus ideas llegaban a triunfar.

Vicente Llen tomó un vaso de encima de la mesa, lo tendió hacia Furseo, que con la habilidad del experto ya había descorchado la botella, se lo dejó llenar hasta los bordes y poniéndose en pie trató de comenzar un discurso irónicamente altisonante:

-No son estos momentos, señores y amigos míos...

-Al grano, al grano -le interrumpieron.

-Vosotros lo queredes, dijo Agrajes -continuó Llen-, sea... -hizo una pausa, levantó su vaso y ante el silencio de los demás agregó:- El perillán que te mandó prender teniendo en el fondo sentimientos liberales, ha sido destituido del mando del expedicionario por su majestad el rey, que Dios guarde, en un momento de inspiración y ha sido designado como general jefe el Conde de Calderón.

Fernando Miranda dio un estentóreo «¡Bravo!», abrazó a Llen y se bebió seguidas dos copas de la famosa manzanilla. Las preguntas comenzaron a sucederse para -189- saber las circunstancias de la destitución. Llen explicó lo que sabía. Parece que su majestad se había enterado de los escarceos liberales del señor Conde de La Bisbal y había decidido separarlo del mando.

* * *

El lunes 7 de noviembre de aquel año de continua intranquilidad política sorprendió a los oficiales del batallón de Asturias alrededor de la mesa de tresillo, como los demás que habían transcurrido desde que supieron la noticia de la destitución del general O'Donnell. En lugar del capitán Rabadán de la quinta compañía, les acompañaba el de la cuarta, Vicente Causá. Rabadán estaba de cuartel y les había prometido que de saber quién iba a ser nombrado comandante del batallón, les informaría. Acababa precisamente Olay Valdés de dar un escandaloso codillo a Miguel Pérez que había alborotado el cotarro,

cuando la voz de Furseo el ordenanza anunció la llegada del teniente Pedro Delicado, de la segunda compañía. Saludó a todos y respondiendo a la pregunta de su capitán Vicente Llen de si le enviaba el capitán Rabadán, contestó afirmativamente.

-Entonces -le preguntó Fernando Miranda-, ¿ya se sabe quién viene?

-El teniente coronel don Rafael del Riego. El capitán Rabadán me ha dicho que llegará mañana por la mañana.

-¿Rafael del Riego? ¿No se llamaba así el que estuvo en la Guardia Real? -interrogó el capitán Olay.

-¿En la Guardia Real? No me gusta la presentación -cortó Causá.

El capitán ayudante Miranda sonreía entretanto.

-¿Lo conoce usted, Miranda?

-Sí, sí lo conozco, y por fortuna no es lo que ustedes suponen. Es un buen patriota y sincero liberal. Puede que también este mando sea de castigo. Yo lo conocí en Galicia. Es cierto que sirvió en la Guardia Real, pero eso nos podía haber sucedido también a nosotros; una -190- desgracia le ocurre a cualquiera. Es, además, muy buen amigo de Quiroga, y ésa es una buena garantía... aparte de otras.

-Ya, ya me figuro -dijo el capitán Llen con gesto de haber entendido la alusión a la masonería.

-Lo poco que yo sé del teniente coronel Riego lo sabrán ustedes dentro de unos minutos, si son capaces de escuchar unos instantes sin interrumpir -dijo Miranda con una sonrisa condescendiente.

-Sentémonos, señores, y escuchemos a esta gaceta viviente -apuntó Llen, con cierta sana envidia de no ser él quien pudiera ofrecer la información.

-Si no recuerdo mal, nuestro futuro, casi presente, jefe es de Oviedo, de una familia no mal acomodada. Su padre era administrador de Correos en aquella ciudad y miembro de esas Sociedades Económicas de Amigos del País; fue amigo de don Melchor Gaspar de Jovellanos y progresista empedernido. Don Rafael hizo la Guerra de la Independencia como capitán y por encargo de no recuerdo quién contribuyó a organizar varias partidas que dieron buen quehacer al francés; se batió bravamente en Balmaseda, en San Pedro de Güeñes y en Espinosa de los Monteros. Poco después cayó prisionero de los franceses y no hacía mucho que había vuelto cuando yo lo conocí en Galicia. Tiene, por lo menos a mí así me lo pareció el poco tiempo que lo frecuenté, gran simpatía personal y sabe captarse a las gentes. Es hombre joven, no creo que tenga treinta y tres años, es de buena presencia, afable y enérgico. En resumen, no podían mandarnos mejor jefe que él en estos momentos. Me parece, amigos, que si Furseo se ha dado cuenta y así lo espero si no quiere volver pronto a una compañía, debe tener preparadas unas copas para brindar por el teniente coronel don Rafael del Riego, nuestro nuevo jefe.

-Así se habla, Miranda. Breve pero elocuente ha estado usted, y yo me sumo a lo de las copas y a levantarla por el nuevo jefe -rubricó Miguel Pérez.

Furseo, en efecto, estaba ya escanciando los vasos, cuando el teniente Delicado pidió permiso para retirarse.

-191-

-¿Cómo? Pero ¿es que no está usted dispuesto a beber con nosotros por un buen jefe? -indicó Miranda.

-Con todo gusto, mi capitán, pero no hubiera querido parecer intruso entre ustedes.

-Te olvidaste, Fernando -dijo en broma el capitán Llen-, que no en vano mi teniente se llama, además de Pedro, Delicado, y no es capaz, como lo hubieras sido tú, de convidarse por la tática.

-Mi capitán -replicó el teniente-, ni por la tática, ni por la tacita de plata de Cádiz, que es mi tierra, me quedaría yo, sin la aquiescencia de mis superiores. Pero ya con ella, permítanme ustedes que me felicite doblemente, primero por el teniente coronel don Rafael del Riego y después por el tute de capitanes liberales que nos ha tocado en suerte.

-¿Tute, y somos cinco? ¿A quién se excluye, mi teniente?

-¿Yo? A nadie; es su diploma de teniente coronel graduado el que me impidió considerarlo como capitán, mi teniente coronel.

-Gracias, teniente Delicado. Si de mí dependiese, con ese cumplido se había usted ganado un ascenso.

-Si usted me lo permite, se lo recordaré en momento oportuno, que ojalá no sea muy tarde.

-¡Caray con el joven teniente! Sin ofenderle quisiera hacerle una pregunta. ¿Cuál es su segundo apellido? ¿No será por acaso Aprovechado?

-Vamos a dejar esas pláticas de familia, amigos, y yo creo que después del codillo que me acababa de dar el capitán Olay cuando ha llegado el teniente con el recado de Rabadán, lo mejor será dejar las puestas para otro día y acercarnos al cuartel para preparar la revista de mañana.

Sin esperar respuesta, el capitán Pérez, de la primera compañía, se levantó, recogió su sable que prendió al tirante del cinturón, se abrochó los botones altos de la guerrera y con su ejemplo comenzaron a arreglarse los demás, para salir poco después hacia el cuartel.

* * *

-192-

Las cinco compañías del batallón de Asturias estaban irreprochablemente formadas de a dos en fondo en la explanada de las eras inmediatas a la villa. Serían las once de la mañana del 8 de noviembre. La mañana había

amanecido fresca, pero el sol persistente había logrado caldear el día. El capitán ayudante recorría a caballo las filas para cerciorarse del buen aspecto y marcialidad de la tropa, antes de que llegase el nuevo jefe del batallón. En lo alto del campanario había apostado un vigía para que advirtiera la llegada por la carretera de Cádiz. Un punto de toque de clarín le hizo saber que el teniente coronel Riego estaba a la vista. Terminó rápidamente su inspección. Entregó el mando al capitán Causá, como el más antiguo en el empleo y salió al galope a recibir al jefe.

* * *

Por la carretera avanzaba al paso de un hermoso caballo blanco el nuevo jefe interino del batallón de Asturias, teniente coronel don Rafael del Riego. Junto a él, jinete en un tordillo de finos cabos y nervioso andar, iba su oficial de órdenes, el teniente Miguel Gómez. Adelantándose unas veces y metiéndose otras entre las patas de los caballos con la ligereza que le daba el hábito de la vida militar, un perro de aguas, de blanca lana y caprichosas borlas recortadas en las manos y en la cola, andaba y desandaba el camino.

Ya cerca del pueblo divisaron a un oficial que se dirigía hacia ellos al galope.

-Debe de ser el capitán Miranda -dijo Gómez.

-Salgamos al encuentro- contestó el teniente coronel.

Pusieron sus caballos al trote. El oficial de órdenes se situó algo retrasado para dar escolta a su jefe, y el perro, dando alegres ladridos, corría entre los dos jinetes.

Al llegar a la altura de una venta y como a doscientos metros del capitán Miranda, que era, en efecto, quien iba a su encuentro, se detuvieron. Éste avanzó hasta -193- el teniente coronel, frenó en seco su cabalgadura y saludó con el sable marcialmente.

-Bienvenido al batallón de Asturias, mi teniente coronel. -Añadió-: Capitán ayudante Fernando Miranda, graduado de teniente coronel.

-Gracias por esa bienvenida y por la presentación, que en este caso era innecesaria. Tengo buena memoria y no se me ha olvidado que nos conocimos hace unos años en Galicia.

Y alargando la mano para estrechar la de Miranda, continuó:

-¿Tanto he cambiado en este tiempo, que ya no reconoce usted a un viejo amigo?

-Yo sí recordaba, mi teniente coronel, pero nada de extraño era que usted hubiese olvidado a un oficial a quien conoció durante unos días y hace varios años.

-¿Qué tal por aquí? -preguntó Riego-. ¡Ah!, perdón, Miranda, le presento a mi oficial de órdenes: el teniente Miguel Gómez. Espero que hagan buenas migas.

Se estrecharon las manos los recién presentados y emprendieron la marcha hacia las eras, donde esperaba formado el batallón.

Delante iba Riego y a su izquierda Miranda, detrás seguía Gómez. El perrito del teniente coronel Riego se entretenía en mordisquear la larga cola del caballo del capitán Miranda como para trabar conocimiento con la nueva montura.

El capitán Causá, al ver llegar al jefe, dio la voz:

-¡Baaa... tallón, firmes!

Se oyó el golpe seco del movimiento uniforme de quinientos hombres al reunir los pies y llevar los fusiles al costado, y Causá se adelantó andando hasta cuatro metros de los que llegaban, hizo el saludo de ordenanza con su

espada, y tras las frases rituales, comenzó la revista de las cinco compañías formadas.

Al terminar de examinar la tropa, cerca de la quinta compañía que mandaba José Rabadán, el teniente coronel Riego se alzó sobre los estribos y con voz firme y clara que llegaba perfectamente a todos hubo de decir:

-194-

-¡Soldados! Sois jóvenes y os veo con disposición para el manejo de las armas: aplicaos al ejercicio de ellas, tened amor y confianza en vuestros oficiales y os conduciremos a la inmortalidad.

La mayoría de los muchachos a quienes iba dirigida la equívoca arenga no se percataron de su significación. No así los oficiales, que se miraron sorprendidos unos a otros. Tras una breve pausa y del reconocimiento del jefe del batallón, Riego asumió el mando poniéndolo en práctica con la grata orden para los reclutas de «rompan filas».

Desmontaron el jefe, el capitán ayudante y el oficial de órdenes, y en compañía de los demás marcharon al alojamiento destinado a Riego.

La franca mirada del nuevo jefe, su voz bien timbrada y su agradable aspecto habían impresionado favorablemente a la oficialidad. Tenía entonces Riego treinta y un años. Las facciones enérgicas; la frente amplia: llevaba el pelo claro rizado bien peinado, con raya partida al lado izquierdo y patillas finas que le llegaban hasta media oreja; los ojos de azul acerado se perdían en la lejanía y expresaban tan pronto la exaltación más vehemente como serena comprensión. Mientras andaba rodeado de sus oficiales los observaba con atención y estudiaba el tono y las palabras de cada uno de ellos.

El teniente Gómez iba contando a sus compañeros los estragos de la peste en Cádiz y se regocijaba por haber salido al fin de la ciudad. El teniente José Heres de la segunda compañía, en cambio, afirmaba que con peste y todo estaba dispuesto a hacer la caminata a Cádiz, antes que seguir unos meses más de guarnición en Las Cabezas de San Juan. Su novia, una bella

muchacha gaditana, hija única de don Toribio Manera, rico comerciante en vinos generosos y hermano durmiente del Taller Sublime, se moría de tedio sin verlo, y el cordón sanitario de la plaza hacía tiempo lo tenía alejado de su amor.

* * *

-195-

En el cuarto de la fonda que ya conocemos, charlaban Fernando Miranda, el capitán Rabadán y el teniente Miguel Gómez. El tema de las pláticas era, naturalmente, el nuevo teniente coronel. Gómez calmaba la legítima curiosidad de sus superiores.

Desde la llegada de don Rafael del Riego resultaba casi imposible que se congregasen alrededor de la mesa camilla más de tres contertulios. Hacía quince días que el nuevo jefe tomara el mando y mañana y tarde se efectuaban ejercicios de instrucción, marchas, contramarchas y simulacros de operaciones con despliegues, asaltos de reductos, etc. La actividad dejaba escaso tiempo al tedio del que tanto se plañían antes los oficiales.

Miranda, tras varias conferencias con Riego, había reorganizado la logia del batallón, aunque ahora se prescindía de los ritos para llegar más pronto a los acuerdos. En la última reunión, durante la noche anterior, en la misma habitación en que se encontraban los tres militares, se dio cuenta de los progresos del movimiento constitucionalista, a pesar de la trastada del general O'Donnell. Cierto que éste no denunció las ramificaciones civiles de Cádiz, ni las de Jerez de la Frontera, y que las detenciones y castigos fueron, por primera vez -Miranda era la prueba-, bastante leves. Los principales comprometidos huyeron a Gibraltar, pero el joven diplomático masón Álvaro Alcalá Galiano, que destinado al Brasil se quedó en el puerto de Cádiz para conspirar y derrocar al Gobierno absoluto, no había huido, y se las compuso para reanudar los hilos de la abortada conjura.

En realidad eran tres los personajes centrales del movimiento: el citado Alcalá Galiano, fogoso orador en las logias y clubs; el abogado gaditano don

Domingo Antonio de la Vega, de alguna edad y no demasiada energía, y el abastecedor del ejército expedicionario don Juan Álvarez Mendizábal, socio y principal agente de la casa Beltrán de Lis.

Los informes que Rafael del Riego comunicara a unos compañeros y oficiales no podían ser más optimistas. -196- Se tenía la impresión de que el mando de la sublevación, cuando estuviera ésta madura, lo asumiría don Juan O'Donojú, cuya lealtad quedó probada al sufrir tortura sin denunciar a los demás implicados en la fracasada intentona de Richard. O'Donojú, que fue ministro de la Guerra en el primer período constitucional y que residía en Cádiz, tenía prestigio y autoridad en el Ejército, y su posible mando hizo excelente impresión en la oficialidad del batallón de Asturias.

Pero volviendo a nuestra escena, oigamos las palabras del teniente Gómez sobre el nuevo jefe:

-... se encontraba prestando servicio hacía poco en los Guardias de Corps, cuando al comenzar la guerra, en 1808, la Junta de Asturias le nombró capitán, y don Rafael solicitó y obtuvo servir a las órdenes del general don Vicente María de Acebedo.

-Sí -interrumpió el capitán Rabadán dirigiéndose a Miranda-, tú nos contaste que intervino en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Güeñes y en la de Espinosa.

-Lo que no sé si sabrán ustedes es lo que le sucedió en la de Espinosa.

-¿A don Rafael?

-Sí. Blake se encontraba con que entre las fuerzas del mariscal Víctor y las de Lefebvre se iban a reunir cincuenta mil hombres y decidió retirarse a Espinosa de los Monteros después de unas acciones locales de retaguardia en Balmaseda. Así eludió las fuerzas de Lefebvre e hizo frente a las de Víctor que todavía le eran superiores en cuatro mil soldados. El 10 de noviembre los

nuestros hicieron prodigios de valor, principalmente los de Dinamarca y la división asturiana de Quirós, en la que mandaba una brigada Acebedo.

»Al caer la noche se interrumpió la acción, y Blake, en lugar de retirarse, decidió continuar la lucha al día siguiente, a pesar de la falta de alojamientos y de hospitales para los heridos.

»Nuestra ala izquierda la cubrían los asturianos desde una posición elevada que dominaba bien el terreno. -197- Víctor envió contra ellos la brigada De Maison, pero ante la resistencia que encontró mandó apostar tiradores especiales para eliminar a los jefes que se multiplicaban animando a los muchachos. El primero en caer fue el general Quirós, que en un caballo blanco recorría las filas. Poco después eran gravemente heridos los brigadieres Acebedo y Valdés. Al quedar sin jefes los muchachos, con escaso fogeo todavía, comenzaron a flaquear y a ceder terreno. Blake trató de enmendar la situación y envió al general Mendizábal. Cuando llegó, ya los restos de la brigada de Acebedo se retiraban hacia el valle del Pas.

»En la retirada, un destacamento de artillería con el que iba el convoy de heridos fue sorprendido por el regimiento de cazadores franceses que mandaba el coronel Tascher. La artillería logró escapar, creyendo al dejar el convoy que los heridos serían respetados por el enemigo; pero furiosos los franceses al perder una presa que creyeron segura, comenzaron a rematar a los heridos. El general Acebedo casi moribundo iba en el fondo de un carro regimental. Lo acompañaba su ayudante el capitán Riego. Al darse cuenta Acebedo de lo que sucedía, le ordenó a Riego que se salvara y lo dejase. Éste se negó, y cuando vio aparecer a los cazadores franceses ciegos de ira, tiró de sable defendiendo a su general. En la lucha quedó desarmado y todavía entonces trató de cubrirle con su cuerpo y de convencer a los atacantes de lo estúpido e inhumano del crimen que iban a cometer. La gallardía de su conducta llamó la atención de varios oficiales de Tascher, quienes le salvaron la vida cuando después de acabar con el general querían lanzarse contra él los cazadores.

En Francia, mientras estuvo prisionero, aprovechó bien el tiempo y habla con soltura el francés, el italiano y el inglés. De vuelta en España al término de la guerra, esos conocimientos le sirvieron para ingresar en el estado mayor. Por eso estaba en la plana de O'Donnell desde el año pasado. Yo le he tratado allí bastante y tengo la impresión de que es hombre afable, ilustrado, -198- modesto y valiente. En julio procuró avisar a los compañeros del Conde de La Bisbal, pero, por desgracia, su advertencia no llegó a tiempo.

-Si es tal como lo pintáis, teniente, el batallón de Asturias está de enhorabuena -concluyó Rabadán.

-Yo os lo había dicho -sentenció Miranda.

* * *

El jueves 8 de diciembre, festividad de la Purísima Concepción, patrona del arma de Infantería, poco después de haber asistido el batallón de Asturias en pleno a una misa de campaña en honor de la Patrona, y hallándose en banderas tomando un tentempié todos los oficiales y Riego, avisaron a éste que acababa de llegar y deseaba verle urgentemente el abastecedor del ejército expedicionario.

Don Rafael dejó a los reunidos y subió a su despacho. En él estaba esperándole un caballero de elevada estatura, corpulento, con la cabeza muy poblada de pelo crespo mal peinado e indómito, mirada abierta y franca, patillas que descendían hasta más abajo de la altura de la boca ocultándole las orejas, nariz prominente pero recta, boca con labios algo abultados y expresión osada y simpática. Era hombre joven. No pasaría, por su aspecto, de los treinta años. Vestía un macferlán mal cortado, color café, con las puntas de la esclavina vueltas por encima de los hombros, pantalón gris claro ceñido, botas altas de montar y espuelas. Jugeteaba con la fusta haciendo dibujos imaginarios en el suelo cuando entró Riego. Se levantó con presteza -más de la que pudiera suponerse en persona de su corpulencia-, dirigióse al encuentro del teniente coronel y estrechando su mano en vigoroso apretón, se presentó a sí mismo:

-Juan Álvarez Mendizábal, abastecedor del expedicionario.

-Mucho honor en conocerle; le esperaba ayer y estoy a su disposición.

-199-

Mendizábal sonrió, se acercó a la puerta, la cerró cuidadosamente después de cerciorarse de que no había nadie en las proximidades y dejó caer su humanidad en un sillón de terciopelo rojo cuyos resortes gimieron bajo el peso del señor abastecedor.

-Le escucho, señor Mendizábal.

-No sé si sabrá usted, mi teniente coronel, que O'Donjú no ha aceptado la jefatura de nuestro movimiento.

-Me dijeron que ése era ya asunto resuelto.

-Sí, así parecía, pero a última hora don Juan comenzó a poner obstáculos y hubo que desistir. La verdad, después de lo de julio no se puede confiar el mando a quien no muestre verdadero entusiasmo.

-¿Cree usted que don Juan...?

-No, no es que lo crea capaz de lo que hizo La Bisbal, eso es cierto; mas mi consejo ha sido que cualquier general es bueno para estos casos en los que se les da todo hecho. Es más, yo les propuse a Alcalá Galiano y a don Domingo Antonio hacer yo mismo de general, si era preciso para animar a los menos decididos. Con que en el momento oportuno se vieran unos entorchados bastaba para que siguieran. No me imagino qué tal me sentaría el uniforme, pero me divertía pensar en el disfraz.

Mendizábal hablaba en un tono de confianza que se captaba rápidamente al interlocutor. Riego no pudo contener la risa.

-También usted se ríe -continuó-; veo que nadie me toma en serio como posible príncipe de la milicia... y acaso tengan razón. Por eso acepté el plan de Alcalá Galiano.

-¿Qué era...?

-Ponerse al habla con Quiroga y ofrecerle el mando con el ascenso. Quiroga es entusiasta y, además, a nadie le amarga un dulce. Ya se han entrevistado (ése ha sido el motivo de mi retraso). Ayer he tenido noticias de cómo se ha desarrollado todo en Alcalá de los Gazules. No ha habido dificultades ni tropiezos. Cierto que Quiroga, en vez de un detenido, parece el dueño del lugar. -200- Hablaron largamente en la celda, no porque en ella estuviera Quiroga preso. Se encontraron en el salón de billar del pueblo, pero fueron allá para poder platicar sin testigos. La propuesta de don Álvaro fue aceptada, como esperábamos, por el interesado. Luego se trasladaron a la cueva del cerro y Alcalá Galiano arengó a los oficiales. Ya conoce usted su estilo brillante. Se entusiasmaron todos y nuestro amigo se dirigió a Villamartín, donde en una reunión, tras algunas vacilaciones de los eternos tímidos, se impuso la opinión de Alcalá Galiano y quedó aceptado como jefe el coronel Quiroga. Como creí que valía la pena darle la información completa, esperé hasta tenerla. Y ahora quisiera saber cuál es su opinión sobre lo que acabo de decirle.

-La que usted espera, supone y desea. No puede ya detenerse esto por mucho tiempo. Además no es cuestión de personas, ni, a mi entender, de jerarquías. A mí me parece excelente la jefatura de Quiroga, a quien conozco y estimo -agregó volviendo a reír-, como me hubiera parecido admirable el general don Juan Álvarez Mendizábal.

-¡Ja ja ja! Gracias por su intención, mi teniente coronel. Creo, sin embargo, que así todos salimos ganando.

-¿Hay algún plan concreto?

-Hemos convenido tenerlo todo dispuesto para el 11 de enero. Es necesario actuar con rapidez, porque se están activando los preparativos del embarque del expedicionario y cualquier día podemos quedar sorprendidos por la noticia de que se da la orden de salida. Vaya, pues, preparando a su gente, don Rafael.

-No he hecho otra cosa desde que llegué, hoy justamente se cumple el mes; y mentiría si no dijera que estoy satisfecho. Hay alguno un poco tibio todavía, pero la actitud de sus compañeros será el mejor estímulo. Por lo que se refiere al 26 de línea, pueden contar con él.

-Gracias. Estaba seguro de ello por los informes que de usted teníamos. Y ahora, mi teniente coronel, estimo convendría me indicase alguna de las necesidades de su avituallamiento. Ser abastecedor tiene la ventaja de que - 201- mis viajes no despiertan sospechas ni recelos, pero me conviene y nos conviene justificarlos.

Se puso en pie y siguió diciendo:

-Si no le aviso en contra, dentro de tres semanas, el jueves 29, volveré para puntualizar los detalles de ejecución y dejarle las instrucciones definitivas.

Riego se levantó, buscó en una de las gavetas de la mesa, sacó unos papeles, firmó unas hojas impresas haciendo algunos pedidos de raciones de marcha y después de entregárselas a su visitante, lo acompañó hasta la puerta de la calle con la cortesía y la ceremonia de sus aparentes relaciones oficiales.

Un ordenanza que lo guardaba, entregó el caballo a Mendizábal, que montó con agilidad.

-¡Buen viaje, mi señor don Juan!

-¡Hasta pronto, mi teniente coronel!

Mientras don Juan Álvarez Mendizábal se iba distanciando del cuartel hacia la salida del pueblo, el teniente coronel Riego volvía al cuarto de banderas con

los ojos radiantes. La impresión que le causara don Juan no podía ser mejor. Ésa era la gente que se necesitaba. Dispuesta a todo cuanto fuera preciso. Acababa de nacer una amistad. Les unía el espíritu de aventura y el mismo amor a la Libertad.

-Señores, no sé por qué, pero sospecho que la patrona de la Infantería es favorable a la Constitución y a la Libertad.

Los oficiales pensaron por un momento que Riego se había vuelto loco.

* * *

El martes 27 amaneció encapotado el cielo; a las diez un fuerte aguacero decidió a Riego a suspender la instrucción de los reclutas. Apenas regresado el batallón al cuartel, el capitán Fernando Miranda entraba preguntando por el jefe. Subió al despacho, permaneció con él unos instantes y con la misma rapidez con que había entrado se dirigió a su casa. No habían transcurrido diez minutos cuando el teniente coronel salía siguiendo -202- el mismo trayecto que Miranda, y poco después se encontraba sentado alrededor de la camilla en compañía de Miranda, de Álvarez Mendizábal y de un cuarto personaje, que ofrecía fuerte contraste con Mendizábal. Todo lo que el aspecto de éste era descuidado tenía de pulcro el de su compañero. Traje impecable del mejor corte inglés, peinado a la moda más reciente de Londres. Rostro perfectamente rasurado y exhalando un leve perfume de agua de lavanda, el caballero que había llegado en compañía de don Juan Álvarez Mendizábal no podía ser por su exterior más que un diplomático o un lechuguino. En realidad, don Álvaro Alcalá Galiano reunía ambas condiciones, sin que ello le impidiera actuar de tribuno en las logias y multiplicarse en sus actividades de conspirador constitucionalista.

Habían llegado a casa del capitán Fernando Miranda en el momento más recio de la turbonada. Entregaron los caballos a Furseo, que filosóficamente contemplaba la caída del agua sentado en el portón de la fonda, y después de acomodar éste a los animales en la cuadra, condujo a los jinetes a presencia de su capitán.

Se hicieron las presentaciones al comparecer el teniente coronel Riego, y en tanto Mendizábal templaba sus manos al calor del brasero que ardía dentro de las faldas de la acogedora camilla, Alcalá Galiano llevaba la voz cantante de la reunión.

-Mi teniente coronel, los dirigentes del movimiento en Cádiz hemos llegado a la conclusión de que para mejor éxito se hace preciso adelantar los acontecimientos, si queremos evitar que se nos anticipe la orden de embarque del expedicionario. Todo está organizado y en realidad la fecha es un accidente que puede variar sin complicaciones si los jefes militares tienen preparado el dispositivo.

-Mi labor está hecha, señores, y, por consiguiente, en cuanto se refiere a este batallón, no creo que haya obstáculo alguno para cambiar el día. El problema puede presentarse con respecto a otras unidades cercanas a las que no ha habido demasiado tiempo para trabajar. -203- Pero eso puede sondearse rápidamente. Sobre todo, lo esencial es que las principales fuerzas comprometidas actúen a tiempo.

-Eso está resuelto, don Rafael -continuó el joven diplomático-. Quiroga está en disposición apenas se le advierta. Él debe salir de Alcalá de los Gazules al frente del batallón España y dirigirse a Medina-Sidonia, donde se reunirá el de la Corona, para ir juntos sobre el puente de Suazo, a la entrada de la isla. El coronel López Baños, con la artillería, el batallón Canarias y otras fuerzas de las inmediaciones de su guarnición, marchará hacia la costa donde se concentrarán todas las fuerzas del expedicionario. Si usted cree que los que quedan bajo su mando pueden secundarlo, lo mejor sería no dejar pasar el día primero del año.

-Si a ustedes les parece -exclamó Riego-, se podía llamar al comandante del batallón de Sevilla, para ver qué opina.

-¿Me llevo a buscarle, mi teniente coronel? -preguntó Miranda.

-Sí, y tráigaselo. Puede usted almorzar con él en Villamartín y a las cuatro les esperamos aquí mismo.

Salió Miranda a cumplir el encargo, después de ordenar a Furseo que no dejase entrar a nadie en la habitación más que con orden escrita del teniente coronel Riego; se despidió éste de sus amigos, para atender al batallón, y, concertados para las cuatro de la tarde, quedaron solos en el cuarto de la fonda los dos jóvenes dirigentes del golpe.

-¿Qué impresión le ha producido este jefe, ilustre diplomático?

-Excelente, mi querido don Juan. No exageraba usted en los informes que nos dio. Me parece hombre arrojado y al mismo tiempo prudente. A creer a Miranda, su gente lo adora no obstante el poco tiempo que manda al batallón. Entre los compañeros ya había yo comprobado que se le respeta. Ha de ser un buen segundo de Quiroga.

-Si usted no se me ofende, le diré que a mí me gusta bastante más que el general creado por usted. No es -204- tan ambicioso, y en cambio siente más profundamente la necesidad de acabar con el servilismo. Claro que mis alcances de comerciante no son comparables a los maquiavelismos de quien maneja los secretos de Estado y la taumaturgia política como vos -dijo Mendizábal sonriente.

Charlaron, comieron, volvieron a charlar conservando siempre Alcalá Galiano un tono dogmático y su interlocutor el matiz ligeramente zumbón que casi nunca abandonaba. A las cuatro regresó Riego. Al poco tiempo se presentaron Miranda y el comandante del batallón de Sevilla.

Riego le saludó cariñosamente. Preguntó a Miranda si le había informado de algo por el camino, y ante la contestación negativa de su subordinado, rogó al comandante del batallón de Sevilla que se sentase para darle cuenta de los planes preparados y recabar su colaboración el día primero.

Habló Alcalá Galiano sobre la necesidad de actuar rápidamente y del gran respaldo que el movimiento tenía en importantes sectores políticos, militares y civiles que «todavía no era hora de dar a conocer, por los altos puestos que algunos de ellos desempeñaban»; a continuación Mendizábal, con palabra llana, se esforzó por convencer al comandante de que quienes como él habían dado una vez la libertad a España, estaban en la obligación de ayudar a recuperarla. Por último, Riego, elocuente y persuasivo, expuso cuál debía ser la intervención del batallón de Sevilla en las operaciones planeadas. Resaltó la importancia que para el triunfo significaba la actuación decidida y puntual de aquel batallón y de la gloria que su comandante alcanzaría.

El comandante escuchaba con aparente atención. No interrumpió una sola vez; no pidió una sola aclaración. No perdía una palabra ni un gesto de quien estaba hablando. Mendizábal lo observaba curiosamente. No acababa de entender el prolongado silencio del comandante. Cuando Riego hubo terminado, se dirigió a su compañero preguntándole:

-205-

-¿Está usted conforme y dispuesto, mi comandante?

El interrogado pareció despertar de un sueño, tosió, se atusó las guías del bigote y en medio de la expectación de los cuatro que le escuchaban, respondió:

-Totalmente de acuerdo, mi teniente coronel... siempre que para actuar me dé usted una orden firmada por el general en jefe señor Conde de Calderón.

Miranda, creyendo que se trataba de una broma, no pudo contener una carcajada, pero Riego y Mendizábal se dieron cuenta de que habían dado un paso en falso, y el primero, con cierta indignación y poniéndose en pie para dar más fuerza a sus palabras, increpó duramente al extraordinario comandante.

-Mi comandante, no entiendo su respuesta, tan fuera de lugar, que ya ve usted el efecto en un hombre entusiasta y sincero como el capitán Miranda. Me habían asegurado que su batallón estaba preparado y que usted era persona

con quien se podía contar. A estas alturas o se está con nosotros o con la camarilla fernandina, y no me es posible creer que quien conozca la situación del expedicionario y las perspectivas inmediatas de salida, no se preste a cooperar en nuestra patriótica tarea. Espero, por tanto, que no haya sido la respuesta que acabamos de oír su última palabra.

-Pero ¿y si no sale bien el movimiento? ¿Con qué me cubro entonces?

-¿Y con qué me cubro yo atacando al cuartel general? -replicó Riego próximo a estallar ante la pazguatería del jefe del batallón de Sevilla.

-Cuando usted está decidido, sus razones tendrá; yo tengo las mías para no actuar sin orden del general jefe, -dijo, y se puso de pie solemnemente.

-Cuidado, comandante -terció Alcalá Galiano-, nosotros respetamos, aun sin compartirlo, su modo de proceder. No dé usted, si no quiere, el paso adelante; pero conociendo los planes, un paso atrás tiene su calificación y sus consecuencias. No lo olvide.

El comandante de Sevilla, sin añadir palabra, hizo una ligera inclinación de cabeza, a manera de saludo, y -206- se retiró sin que nadie hiciera nada, ni por retenerle, ni por acompañarle.

-Pero ¡este hombre es un perfecto imbécil! -exclamó Mendizábal.

-Es usted muy benévolo, don Juan. Más que imbécil, lo considero un miserable -sentenció Riego-. Miranda -agregó-, procure usted ponerse al habla con el segundo jefe del Sevilla, Osorio, que vigile a este traidorzuelo y que, llegado el momento, se haga cargo del mando, después de poner a buen recaudo al comandante. Este incidente, señores -continuó dirigiéndose a Mendizábal y a Alcalá Galiano-, es el argumento máximo para el adelanto de la fecha. Se hace preciso actuar con toda rapidez y sigilo. Como delante de él se ha hablado del 1 de enero y él se ha negado a secundarnos, es casi seguro que crea que habrá cambio de fecha. Mi opinión es, en consecuencia, que persistamos en el plan por ustedes propuesto. ¿No les parece?

-Conforme -contestaron a una los dos conspiradores civiles.

Estrecharon la mano de Riego, que salió hacia el cuartel, se enfundaron en sus redingotes, calzaron los guantes, y en compañía de Fernando Miranda, quien fue con ellos a caballo hasta la salida del pueblo, regresando luego don Juan Álvarez Mendizábal y don Álvaro Alcalá Galiano, acción y verbo de la conjura, comentaban carretera adelante la entereza y la actividad de Rafael del Riego.

* * *

Y así nació el domingo 1 de enero de 1820 en el pueblecillo sevillano de Las Cabezas de San Juan. Riego había pasado la noche en vela ultimando los detalles de su actuación en compañía de varios de sus oficiales. Lo importante era la coordinación de movimientos. Si los demás cumplían como él estaba dispuesto a cumplir, el servilismo iba a encontrar rápido fin. A las ocho de la mañana se retiró a su cuarto para vestirse de manera apropiada a la solemnidad del instante histórico del -207- que iba a ser principal protagonista. Pero dejamos a la pluma ingenua de uno de los testigos de los hechos la narración de lo sucedido.

He aquí el texto de la carta dirigida en 1827, desde su destierro de Somers Town, en Inglaterra, por el capitán don José Rabadán al hermano de don Rafael del Riego.

«Vámosle venir hacia la plaza, con un paso marcial y mesurado, conversando con Miranda; y eran las nueve en punto cuando se presentó delante del batallón. Traía puesta una levita gris; un sable corto de vaina de acero pendía de un cinturón, y tirantes blancos acharolados; y el bastón de caña asido de la diestra mano. Los soldados que le aguardaban impacientes al verle llegar no podían contenerse de gozo en la formación, y le miraban de hito en hito, procurando descubrir lo que decían sus ojos. Todos les teníamos fijos en él y hasta procurábamos no resollar para no perder la menor palabra que saliese de sus labios. El caudillo nos miró a todos y a todos nos saludó: colgó después su caña de un botón de la levita; desenvainó el sable, e hizo con él

seña al tambor de órdenes para que tocase llamada de oficiales, y todos volamos a nuestros respectivos puestos desnudando las espadas. En seguida hizo salir al piquete en busca de la bandera. Llegó esta sagrada insignia, y después de recibida con los honores de ordenanza, mandó descansar sobre las armas.

»Su vista penetrante y expresiva ya comenzaba a hablarnos y su voz acabó por decir lo que su gesto indicaba en el siguiente discurso que dirigió a la tropa: “Soldados, mi amor hacia vosotros es grande. Por lo mismo, yo no podía consentir, como jefe vuestro, que se os alejase de vuestra patria en unos buques podridos para llevaros a hacer una guerra injusta al Nuevo Mundo; ni que se os compeliere a abandonar a vuestros padres y hermanos, dejándolos sumidos en la miseria y opresión. Vosotros debéis a aquéllos la vida, y por tanto es de vuestra obligación y agradecimiento el prolongársela, sosteniéndolos en la ancianidad; y aun también, si fuese necesario, el sacrificar las vuestras para romperles las -208- cadenas que les tienen oprimidos desde el año 14. Un rey absoluto a su antojo y albedrío les impone contribuciones y gabelas que no pueden soportar, los veja, los oprime y por último colmo de sus desgracias, os arrebató a vosotros, sus caros hijos, para sacrificarlos a su orgullo y ambición. Sí, a vosotros os arrebatan el paterno seno, para que en lejanos y opuestos climas vayáis a sostener una guerra inútil, que podría fácilmente terminarse con sólo reintegrar en sus derechos a la nación española. La Constitución, ¡sí, sólo la Constitución basta para apaciguar a nuestros hermanos de América!”

»Al concluir estas palabras llenas de fuego y pronunciadas con un entusiasmo que ya no podría expresar, levantó el sable, y vibrando su punta hacia los cielos, prorrumpió en un tono aún más elevado y decidido: “¡Sí, sí, soldados, la Constitución! ¡Viva la Constitución!”

»Este arrojado y generoso grito resonó por entre las filas como el eco entre las montañas, repitiéndose por todas ellas: “¡Viva la Constitución! ¡Viva nuestro comandante y libertador don Rafael del Riego!” Las mejillas del héroe se sonrosaron, y abriendo la proclama que tenía en la otra mano, la leyó en voz

alta y sonora; cuya lectura por boca del heroico jefe produjo en el ánimo de la tropa todo lo que en aquel momento pudiera desearse.

»El bando decía: “Don Rafael del Riego, teniente coronel de infantería, comandante del segundo batallón de Asturias y de las armas de esta villa, hago saber a todos sus habitantes, que por convenir imperiosamente al mejor servicio de la nación, ninguna persona de cuantas las componen salgan de ella en todo este día, ni a pie, ni a caballo, bajo la pena de ser pasados por las armas el que la contraviniera, de cualquier estado o condición que fuere; para lo que he mandado establecer un cordón en su circunferencia, cuyo comandante hará ejecutar este castigo, con el que infringiere esta providencia (lo que no espero). A igual pena condeno al que directa e indirectamente se opusiere a las medidas que por superior disposición voy a tomar, y no contribuyere con todos los medios que los alcaldes constitucionales -209- don Antonio Zulueta y Beato y don Diego Zulueta, el menor (que he nombrado con amplias facultades que tengo para constituirlos en el paternal encargo que les confiere la sabia Constitución española, la cual desde este momento vuelve a regir en toda su fuerza y vigor en toda la nación española), les puedan exigir o exijan, para el mejor éxito de la empresa, que de concierto con todo el ejército destinado a Ultramar y la mayor parte de los pueblos de esta provincia y demás de la Península, da principio en esta hora. Persuadido de que todos los dignos y pacíficos habitantes de este pueblo conocerán el origen y objeto de estas operaciones, que no deben ser seguidas sino de los mejores resultados, no temo remotamente verme en la necesidad de usar la fuerza que mando, la cual toda está decidida a sostenerme a todo trance; ni tampoco tener que derramar una sangre inocente, quizá víctima de la más detestable y maliciosa ignorancia, que arrancarí­a de mi sensible corazón las más amargas lágrimas de dolor y desconsuelo. Para que llegue a noticia de todos y ninguno pueda alegar ignorancia, se publicará solemnemente en la forma acostumbrada y se fijará en los mismos términos. Dado en el primer Cantón Constitucional del Ejército nacional y patriótico, a primero de enero de 1820. Rafael del Riego.”

»Terminada la lectura, el inmortal jefe mandó formar pabellones y dio orden para que se comieran los ranchos. Volvió a recomendar que no faltara jamás

un oficial del lado de su compañía. También dijo que como a las tres de la tarde íbamos a formar para dejar el pueblo, y que antes de hacerlo se daría a la tropa una ración de pan, queso, vino y aguardiente.

»A las dos y media de la tarde se presentó en la plaza el ayudante don Baltasar Balcárcel, quien por orden del jefe formó el batallón; y a las tres en punto un ¡Viva! general de entusiasmo anunció la llegada del inmortal Riego... Después de tocar llamada de oficiales pronunció un discurso breve y elocuente que acabó de arrebatarnos haciéndonos prorrumpir en nuevos vivas, que salían -210- de nuestros labios con la mayor sinceridad y entusiasmo. Luego, mandando formar por mitades en columna a la derecha rompió la marcha con dirección a la ciudad de Arcos. La compañía de cazadores quedó cercando el pueblo, con orden de permanecer así hasta las siete de la noche.

»Luego que dejamos el pueblo nos ordenó silencio, reinando la mayor disciplina entre las tropas. Nuestra marcha exigía toda esta precaución, porque a no más distancia de dos leguas se hallaba acantonada en la villa de Lebríja la segunda división de infantería mandada por el brigadier Michelena.»

Hasta aquí la carta del capitán de la quinta compañía del batallón de Asturias, que mediante la expatriación evitó la pena de muerte en garrote vil a que fuera condenado en 1823. Poco nos queda ya por contar de lo acaecido. Riego con su fuerza avanzó hasta Arcos de la Frontera. Osorio, fiel a su compromiso, había salido de su acantonamiento de Villamartín con el batallón de Sevilla, pero al no encontrarse al de Asturias en las cercanías de Arcos, por un retraso en la marcha de Riego, decidió esperar a que se hiciese de día. No se encontraron, pues, ante la plaza en la que estaba el cuartel general del ejército expedicionario, pero Riego, decidido a seguir adelante, arengó a la tropa y a pesar de saber que tenía enfrente fuerzas mucho más numerosas atacó Arcos por uno de los huecos de sus viejas murallas. La guarnición y el cuartel general fueron de tal manera sorprendidos que el resultado de la jornada fue la captura del general en jefe, señor Conde de Calderón, y de los generales Blanco, Salvador y Fournás. Los gritos de entusiasmo de la gente del batallón de Asturias resonaban por las empinadas callejuelas de la vieja

ciudad que preside en lo alto de su roca arenisca la iglesia gótica de Santa María, cuyas campanas se lanzaron al vuelo, estremeciendo las aguas crecidas del Guadalete que casi rodean la estratégica plaza. Riego, a caballo en la plaza, teniendo a sus espaldas los muros de cantería de la iglesia, habló a la guarnición, logrando que se uniera ésta -211- rápidamente a su empresa. El golpe principal estaba dado. La noticia circuló por España. Sin embargo, el resto de las guarniciones no actuaban. Un retraso lamentable de Quiroga complicó la situación en el Sur. Riego siguió su marcha llevando junto a él a don Juan Álvarez Mendizábal. La Constitución se proclamó por ellos en Jerez de la Frontera. De allí, a San Fernando y al Puerto de Santa María, donde se les unieron el brigadier O'Daly, el comandante Arco Agüero, los hermanos San Miguel y otros jefes que habían estado prisioneros desde julio en el castillo de San Sebastián. Pero el soplo no prendía y todo amenazaba con hundirse. La columna de Riego era casi una columna fantasma. Las deserciones comenzaban..., y entonces, poco a poco, el fuego de la sublevación fue prendiendo en Galicia, en Cataluña, en Aragón. La Corte se asustaba. Al llegar marzo, Fernando VII dispuso poner al frente del ejército de Extremadura, para combatir a los rebeldes, a don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y ex regente de las Cortes generales y extraordinarias de la nación. En aquel momento, no sabemos de dónde, renacieron los ocultos y profundos sentimientos liberales del señor conde. Grave, pomposo y mayestático frente al regimiento imperial Alejandro que en Ocaña mandaba su hermano Leopoldo, el prócer abrió la boca para dejar salir el grito de «¡Viva la Constitución!». Alarmado el monarca, firmó el 10 de marzo el «Manifiesto del rey a la nación española». También el rey felón sentía brotar en su alma los sentimientos constitucionales: «He oído vuestros votos y cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad.» Por la vieja y curtida piel del toro brotaba alegremente el ingenuo decir: «¡Viva la Pepa!». Su majestad, después de haber hecho su solemne declaración -«Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional»-, oía el estallido popular en la tonadilla del *Trágala*. En los ratos de ocio Fernando trenzaba una larga cuerda de esparto con la que contaba años más tarde ahorcar al Liberalismo, en la

persona del caudillo que había tenido -212- el valor de oponerse a sus reales deseos y a la camarilla de los serviles.

Las blancas y regordetas manos del rey majo trabajaron bien. El 7 de noviembre de 1823 salía de la Cárcel de Corte de Madrid con hopa y birrete de criminal, tirado en un serón que arrastraba un asno, el que fuera comandante del batallón de Asturias. En la plaza de la Cebada se levantaba una horca, de ella pendía la cuerda amorosamente tejida por Fernando VII. Cuando la fúnebre comitiva llegó, el verdugo pasó por el cuello de don Rafael del Riego el lazo corredizo de esparto, dio el empujón, y mientras el cuerpo bailaba con los espasmos lúgubres del ejecutado, manos serviles aplaudían la justicia que había mandado hacer el rey nuestro señor.

Seis días más tarde las mismas manos tiraban del carro triunfal en el que hacía su entrada, sonriente, y satisfecho de su justicia, acompañado de la reina, el tejedor de la corbata que sirviera de horca a Rafael del Riego.

Se había iniciado la «ominosa década».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo